

Texto compartido en unplandivino.net

Hay varios *audios* leyendo o comentando este texto o partes de él.

Ver la página asociada (enlace abajo), que contiene enlaces a esos audios, etc.

Título y enlace de esa página:

- **“Recordatorios, 1: Consecuencias: ¿correcciones, castigos... oportunidades? |**

Recordatorios sobre el alma, Dios, la verdad...”

- Enlace: <https://unplandivino.net/recordatorios-1>

Este texto y audios son los primeros materiales dentro de una serie de “recordatorios”. Así, un texto (y audio) muy complementario a este es el segundo de esta serie, encontrable en el siguiente enlace:

- <https://www.unplandivino.net/recordatorios-2/>

(licencia de este documento: *Creative Commons: CC BY-NC-ND 3.0 ES; Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España*: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>)

Versión 1.13. 27 abril 2023 (las primeras versiones fueron hechas hacia el 3 de marzo, 2023)

Índice

<i>Consecuencias: ¿“castigos”, “correcciones”... “oportunidades”?</i>	1
Un evento controvertido: gritos a una madre.....	6
Complemento tomado de las preguntas y respuestas del encuentro hecho el 12 noviembre del 2011 por Jesús y María Magdalena.....	10
Cuando lo propio no es lo apropiado: la continuación de nuestra vivencia en el error, tras “morir”: de traumas y masacres como ejemplo extremo.....	13
Volviendo a la semi-oración con nuestra madre, y la masacre.....	18
Cuando los antepasados se “pegan” a ti, a vos.....	23
Apéndice sobre la masacre: ley de atracción; humildad, arrepentimiento y perdón; los indígenas de aquí y de allá.....	24
Referencias.....	28

Consecuencias: ¿“castigos”, “correcciones”... “oportunidades”?¹

Cuando actuamos en modo “desamor frustrado”, “enfado tapado” (por nuestra fachada), “autolimitación” artificial... estamos representando el “drama” de “la vida es dura”.

Es decir, representamos el drama de: “es natural el castigo”, o al menos la “corrección”, o sea, cierto espíritu de “corrección”, un espíritu “violento”, digamos.

Es decir, esto vale si el significado de “corregir” lo interpretamos “personalmente-heridos”, por así decirlo (es decir, usamos ese significado, esa palabra, etc., “para vivir en las heridas emocionales”).

Me refiero pues a cuando “corregir” parece tener un sentido “malo”. Y parece tenerlo cuando significa “amonestar”, “reprender” a alguien... pues a menudo quien reprende no tiene realmente un estado más elevado en amor, y/o lo hace desamorosamente, aunque sólo sea por hacerlo inercialmente, en el sentido de que siente que “tiene que” hacerlo, etc.

Entonces, cosas así –significados así para el verbo “corregir”, o una interpretación así de la

1 Este apartado corresponde a una anotación del 26 de febrero, 2023.

noción de “consecuencia”, etc.—, estarían implicadas en el apelativo de “dura” cuando decimos cosas como “la vida es dura”.

Y bien, este drama (“la vida es dura”) está concebido sobre la base de una comprensión interna (seamos o no religiosos de cualquier tipo, o ateos, etc.) que nos dice (sin palabras) que las *consecuencias* de nuestros actos son castigos —más o menos “castigos”, pero que son en alguna medida eso, castigos—.

Pero de entrada ni siquiera tendríamos por qué hablar de “correcciones” —ni siquiera eso—, pues ante todo, de lo que se trataría en primer lugar, es de sentir que esas consecuencias, y en general los eventos de la vida, son *oportunidades* para aprender lo que el amor es².

Es decir, ante todo se trataría de “recordar” que podemos recibir los regalos de los eventos positivamente... o sea, aceptar positivamente esos “regalos” que son los eventos, el regalo de la vida en general... con el mero hecho de estar vivos... ese mero hecho celebrado en su potencial pureza a alcanzar.

Por lo tanto, y tal como vimos expresarlo una vez a Jesús, podríamos decir que todos los eventos que son “regalos de Dios”, pues Dios nos dio la vida, y las leyes naturales están enfocadas en redimirnos de esta condición “caída” en la que estamos.

Los niños, o sea, todos nosotros en algún momento, cuando somos pequeños, aprendemos que el mero *acto de sentir* es castigado.

Es decir, esa es “la consecuencia” de tal simple acto, el acto de sentir.

Es una consecuencia que nos es dada artificialmente por el entorno de adultos que tengamos alrededor de pequeños; y se nos da de muy diversas maneras, claro está.

Así, interiorizamos que ese acto de sentir *merece* ser castigado. Absorbemos profundamente esa “verdad” (merece ser castigado), y la ponemos en marcha con la fachada.

Así, ese error, pasa a ser una de nuestras “verdades personales”, o una base importante de nuestra “verdad personal” (a nivel emocional, “más allá de las palabras”).

Y parece que también interiorizamos de mil y una formas que se nos está “corrigiendo”, pero en cierto sentido “castigador” de corregir, en uno que rime de algún modo con esa futura interiorización nuestra de que “la vida es así”, “la vida es dura”, etc.

Luego, todo dependerá de qué tipo de medida correctivo-castigadora estemos recibiendo; dependerá de cómo vayamos construyendo nuestro concepto “sin palabras” de “corrección-castigo”, es decir, de “dureza de la vida”... de esas cosas dependerá cómo vaya a ser la materialidad efectiva de lo que vivamos como “corregir-castigar”, es decir, de la aplicación de “consecuencias” artificiales por parte del “mundo adulto”³ (una aplicación más o menos normalizada y que llamamos “mundo”).

Así pues, todo eso que continuamente estamos aprendiendo de esa manera (a la manera del *mundo*, y no a la manera de Dios), proviene de los adultos (almas, como yo ahora, por ejemplo, que soy “adulto”).

Son adultos que, en modo automático, día a día, no quisieron aprovechar todas las oportunidades para *crecer en amor* (para aprender lo que el amor es).

La *voluntad* de los adultos, establecida ya más o menos firmemente en la *fachada* para vivir en el yo herido en vez de “traspasarlo”... esa voluntad... era efectivamente esa *condición de alma*⁴ (ese

2 Esto es algo literalmente expresado así por María Magdalena en un encuentro, cuando estaban hablando de eso: castigo, corrección... pero incluso, mejor: “*oportunidades para aprender lo que es el amor*”.

3 Parece interesante abrirse a sentir que esa actitud de corrección o de castigo ya se aplica meramente a un “comportamiento” tan simple como ese, como el de “simplemente estar sintiendo algo” —de pequeños—.

Esta extensión del concepto de “comportamiento” la hemos “aprendido” en las enseñanzas de Jesús y María Magdalena, por cierto.

4 Este concepto de que la voluntad es nuestra condición actual de alma, también lo hemos “aprendido” en las enseñanzas de Jesús y María Magdalena, por cierto.

vivir en el error).

Y era esa, efectivamente, su voluntad; era así, ya sea que ellos fueran o no conscientes de su “no querer”, en cuanto que voluntad, esa voluntad bajo la forma de un “no querer” ese aprendizaje “natural”. Esa voluntad está en desarmonía con el diseño de la creación, pues el alma por principio va a *crecer en amor*, va a *desarrollarse* siempre... en algún momento.

La voluntad de esos adultos –y de los niños– es pues objetivamente “leída” como tal por las leyes que rigen el alma (el “ánimo”⁵).

Y bien, entonces, los adultos:

- no quieren “aprender” eso;
- de ese modo imponen o fomentan la imposición, en los niños, de las “opiniones adultas” acerca de lo que los niños sienten;
- por lo tanto incluso imponen en general opiniones acerca de la vida y de sus significados, propósitos, etc.;
- así automáticamente los adultos imponen –imponemos– miedos... o cualquier otro “gesto interno” del alma que no es armónico con el amor y la verdad, es decir, que no está en armonía con cómo ve Dios el amor y la verdad (es decir, que está en desarmonía con el plan o diseño divino).

Una “madre”, por ejemplo, ya *“tiene mucho lío en la vida”*, se diría... *“ya es demasiado... como para encima tener que aguantar ‘x’ cosas que hacen los niños... unos niños ‘que no saben lo que es la vida’”*.

De pequeños todos somos de un modo u otro “ninguneados” de estas maneras. Somos, digamos, “emocionalmente ninguneados”, y luego enseñaremos esto mismo, y que es algo así como un “vivir en la falsedad”. De este modo aprendemos a poner en último lugar las emociones que “tenemos”. De ese modo, y como el alma es emociones, deseos, etc., ponemos en último lugar al alma.

Y, tal como vimos en otras ocasiones, es así como de paso aprendemos continuamente –y muy temprano en la vida– a “poner a Dios el último”. O bien, en realidad retiramos directamente a Dios, completamente, de “la ecuación” –a nivel emocional, y por mucho que quizá luego hablemos de Dios, del amor, etc.–.

La “verdad de Dios”, es decir, lo que Dios siente sobre los hechos, es algo que nosotros siempre sentimos, en el sentido de que siempre podemos desarrollar nuestra sensibilidad, cada vez más, con respecto a lo que Dios siente sobre todas las cosas –sobre cualquier cosa–.

Es decir, en realidad, siempre recibimos verdad de Dios (“conciencia”⁶).

Al principio la verdad de Dios estará confrontando continuamente las “verdades” (generalmente miedos, más o menos disfrazados) que el entorno de adultos nos intenta transmitir a cada momento mediante sus propios mecanismos de “administrarnos consecuencias”, bajo la forma de “corrección” o “castigo” –más o menos artificialmente–.

Así, de esa manera, nos muestran más o menos artificiosamente las consecuencias de los actos que realizamos; pero en esa demostración los adultos no son armónicos con cómo ve Dios el amor y la

5 El “ánimo”: lo que anima las “marionetas” que son el cuerpo físico y el cuerpo espiritual (que está pegado al físico en vigilia).

6 Ver la página de referencia que hice para materiales básicos sobre la conciencia como órgano de la verdad en el alma: <https://www.unplandivino.net/conciencia/>

verdad, pues los adultos están por lo general muy heridos, emocionalmente hablando.

Y recordemos lo que ya empezamos a ver arriba: un acto elemental es ese de, simplemente, “tener una emoción en el alma”:

“Tengo una emoción que está ‘pasando’ a través de mí”.

O bien: “tengo una emoción que está en trance de quedarse bloqueada ahí, dentro de mí”.

Ese “acto”, tan simple, es ya eso mismo, es ya “un acto”, aunque diríamos que lo es “de nuestra alma”; es decir, es un “acto” de nosotros como almas, de nosotros “actuando” como ánimo o alma (por eso lo nombrábamos arriba “gesto interno”).

Tales consecuencias “artificiales”, tales consecuencias de esos “actos” nuestros, las consecuencias que nos son dadas por los padres y otros adultos concernidos –en ese automatismo que llamamos “hogar”– son pues utilizadas como *instrumentos* para “castigar la vida”, pues es como si “se castigara” a “las leyes de la vida”.

De ese modo, las leyes que regulan la vida son así como menospreciadas, por así decirlo, son minusvaloradas, subestimadas... o incluso son del todo desdeñadas, si lo pudiéramos ver así.

Y con todo esto, desde pequeños nos “ponemos de parte” de los padres. Y comportándonos “a imagen de ellos”, a imitación de ellos, nos enfrentamos literalmente a las leyes de la vida; nos enfrentamos a nuestro ser natural, como almas que de forma natural se expresarían según esas leyes, en armonía con esas leyes.

Y, por lo tanto, y cada vez más, nos ponemos de parte de las opiniones de los padres, adultos... y luego de las tradiciones, Estados, políticos, religiones, etc.

Esas opiniones en general son desarmonías con el amor, y por lo tanto, si las bloqueamos dentro, absorbiéndolas, nos vamos a hacer daño. Y por cierto, los padres también se harán daño, y efectivamente se hacen daño, en sus almas, cuando nos enseñan a hacer eso y cuando lo siguen promoviendo –incluso sin palabras, con los intercambios emocionales que quedan establecidos muy pronto en la vida, entre las almas, y que son unos intercambios más o menos “vampíricos”–.

Como “hijos”, pues, nos hacemos “a imagen de ellos”, y esto lo hacemos en vez de cultivar nuestro verdadero ser, el alma, con su esencia única personal y sus deseos “puros” y a purificar, etc.

Y es de este modo, por lo tanto, como desdeñamos “indirectamente” a quien habría hecho esas leyes: Dios.

(Todo esto lo decimos, por supuesto, sólo en caso de que queramos acceder a experimentar con el hecho, o con –digamos– la “idea”, de un Dios personal, cosa esta que muchos vamos comprobando que efectivamente existe –en cuanto que ser infinito que quiere darnos su amor, un amor diferente al amor natural–.)

Así pues, la vida nos está dando continuamente esa retroalimentación a través de, por ejemplo, los niños.

“La vida” nos da “información emocional”, digamos, sobre lo que realmente sucede.

Pero antes de nada, todo es operado por y para “el ámbito que gobierna”, es decir, para y por el alma, para y por nuestro “ánimo”... nuestra “alma única” (mitad de alma, en realidad), que sería lo que cada cual verdaderamente es.

El alma es lo creado digamos que “directamente” por Dios. Y su creación no está sometida a la contingencia de los encuentros que por ejemplo dan lugar a la forma concreta de nuestros cuerpos físicos y espirituales, una vez que estos se ponen en marcha en un útero –o probeta, etc.–.

Y como dijimos, el alma es el ámbito que “gobierna”, en el fondo.

Entonces, esa “información emocional”, la que nos da la vida, la tapamos con más o menos fachada, y esto lo aprendemos todos a hacer “sin palabras”, muy pronto –o sea, con recursos que están “más allá de las palabras”–.

Lógicamente, esta parece ser por cierto una “óptica” apropiada con la cual ponernos a sentir el tema de la *ley de compensación*⁷.

Hemos “desaprendido” (o hemos “aprendido falsamente”, mejor dicho) que el “amor”, el cuidado de uno mismo y de los demás, etc..., significa “no sentir”.

Es decir, aprendimos que eso de “cuidarse” uno, eso de “quererse uno mismo”, significa “no sentir” alguna emoción, la que sea, la emoción que sea que moleste a los adultos, en un momento concreto.

Estas son todas esas emociones que luego no queremos recordar, y entonces, para vivir en nuestro deseo de ignorancia, viviremos en esa falsedad y enseñaremos por tanto falsedad.

Esa es la falsedad de no querer atribuir la responsabilidad de lo que sentimos a los eventos concretos que a menudo fueron los vividos en el hogar, con personas más o menos *sacralizadas*⁸, y son incluso los eventos vividos en el útero, es decir, antes de siquiera tener la autoconsciencia algo desarrollada.

Y todo esto lo hacemos en parte por una especie de “falso respeto a los padres”.

O sea, en cada momento, la consigna es: “no hay que sentir” la emoción que los padres “digan” o “sientan” que no hay que sentir, y ya sea que esto lo digan o no con palabras.

Siempre será una especie de mensaje que, tal como hemos dicho, es un: “eh, no hay que sentir eso, no hay que sentirse así”; o que también es: “eso que sientes es tuyo, no me lo hagas ver”, cuando en realidad en un principio no era del niño o niña, sino que lo que el infante intenta hacer (por diseño) es que esa emoción pase y se vaya de su alma, es decir, que fluya a través de su alma, y que al expresarla así, libremente, pueda ser liberada, y de ese modo el niño o niña pueda liberarse de lo que las almas de los adultos sí tienen bloqueado dentro de sí mismas.

Y claro, los niños en un principio ni siquiera se dan cuenta, o no pueden siquiera contarnos y explicarnos, que es eso mismo lo que están haciendo (ese intento de liberarse), ya que el alma está naturalmente creada así, y ellos lo hacen sin más.

Y ¿por qué decimos que en el fondo se nos insta a “no sentir”? Porque la “definición de Dios” acerca de “sentir” es “expresar sin miedo” (y sin dañar ni dañarse); es dejar “fluir” de ese modo, íntegro, en el sentido en que integra también el aspecto “expresión”.

O sea, la “definición” de Dios, es decir, aquello que es armónico con su verdad (con los hechos en torno al alma, que es nuestro verdadero ser), es que “sentir” es eso: Expresar humildemente tal como lo hacen “los niños”, pues el diseño de Dios es amoroso, y el amor y la verdad (la “verdad” acerca de cómo está hecha o diseñada el alma) “van juntos”.

7 Recientemente he empezado a hablar de nuevo sobre esta ley de compensación a cuento de la tradición, y de la picaresca en el mundo espiritual respecto al uso de esta ley natural

(Ver sucesivas ampliaciones de los siguientes dos textos/audios: <https://www.unplandivino.net/miau/> || <https://www.unplandivino.net/humildad-tradicion/>).

Y antes de eso vimos varias veces (a cuento de los abortos y los antepasados, del sistema físico en relación con el mundo espiritual, etc.), vimos... el tema de las “víctimas propiciatorias”, que es sólo un aspecto de algo mucho más global que atañe a esta ley natural de compensación: El hecho de que toda persona que “sufrir” de algún tipo de ataque recibe una compensación positiva por parte de las leyes.

Este hecho, este fenómeno, puede ser usado con más o menos *oportunismo* por espíritus (es decir, por desencarnados), y de ahí que en el mundo espiritual, en los caminos del amor natural (donde todavía no hay armonía plena con el amor divino, es decir, con el amor de Dios, con el más puro), en esos caminos... decíamos... sigue siempre habiendo cierta “picaresca” (este oportunismo), pues se hacen prevalecer los propios fines antes que los intereses y esencias personales únicas de las personas o espíritus que son guiados (es decir, que son más o menos manipulados y que se dejan manipular debido a sus (nuestras) heridas emocionales).

8 Esa sacralización que hacemos de las “figuras” en el hogar, va en desmedro de todos (hijos, padres y madres, etc.), pues la fachada de respeto, honra, etc., como tal fachada, y por definición, no puede ser “buena” para nadie: no es verdadero amor, no es un “verdadero sentir honra”, “respeto”... etc.

Un evento controvertido: gritos a una madre

Entonces, hace poco vimos algo sobre un evento controvertido: era el de una madre que recibe gritos de parte de sus hijos (unos hijos ya bastante mayores, por cierto).

¿En qué sentido esos gritos son consecuencia de los actos de la madre?

Los actos de la madre también son “actos emocionales”, como vimos arriba (gestos internos, también los llamábamos).

Es decir, un “acto” es sentir, pero sin responsabilizarse plenamente de lo que sentimos.

Si no nos responsabilizamos emocionalmente, nos volvemos *antenas emisoras* de eso mismo que no queremos sentir del todo (eso mismo que creemos que rechazamos: miedo, etc.).

Entonces, eso lo van a captar los niños (esas “esponjas emocionales”), y lo va a captar el entorno en general.

Si los niños son luego obligados a *no expresar* eso “corporalmente”; o sea, si los niños no pueden terminar de “temblar el miedo”, “patlear la rabia”, “llorar la pena”, etc., para así poder liberarse gracias a la *expresión* humilde (y sin dañar a nadie ni a sí mismos) de esas emociones que, si se quedan en su alma bloqueadas, serán dañinas para ellos... entonces, la madre o el entorno de adultos en general tiene en su haber un daño que es causado tanto en su alma (al cometer ese *pecado*) como en el alma del niño.

Ese es el daño relativo al *arrepentimiento*.

Es un daño que tenemos en el alma y que, si lo sentimos, es decir, en ese momento, y en ese mismo hecho de ser meramente sentido –ese daño–, eso, ese hecho... ese sentir... es lo que denominamos –técnica y simplemente– “arrepentimiento”.

Y los gritos que en ese momento concreto son recibidos por la madre, son como un recordatorio de ese daño.

Pues, obviamente: los gritos de esos hijos no son para que la madre se “culpe” por lo que les ha hecho; es decir, no son para que se condene más o menos a sí misma. Son para que se responsabilice de “ser alma” (la que sería la creación más grande de Dios), y de hacer eso que vimos arriba: entender las cosas como oportunidades para aprender sobre el amor (pero no a la manera sacrificada, por cierto).

Volvamos para atrás, repasemos. Aunque, antes de nada... por supuesto que hay que tener en cuenta la advertencia de que, evidentemente, no está justificado “bombear” la ira, “proyectarla”. O sea, con esto no decimos que “si todos queremos sanar” los hijos necesitarían gritar más a las madres y a los padres.

Y recordemos también una premisa, y es que se supone que queremos asumir ya el “propósito de la existencia” tal como está diseñada, y que es “crecer en amor”, “desarrollarnos” como almas... o sea, satisfacer ese propósito de crecimiento como almas.

Entonces, si aplicamos lo que hemos dicho... vayamos al momento concreto: “me gritan mis hijos” :

- una vez que en ese momento *hemos vivido* esos gritos (o sea, que lo hemos “atraído” a nuestra vida, y somos por ejemplo esa madre de hijos gritones),

- entonces, ahora, antes de decirnos a nosotros mismos cosas como...:

- “oye, qué mal está esto que me hacen ‘mis’ hijos (voy a corregirlos)”...

- o bien en vez de decir: “*eh, que necesitan ayuda, qué mal están*” (y entonces “*vamos a pagarles el mejor psicólogo... o lo que sea*”)

(y, por supuesto, no es que ayudar esté mal, sino que se trata de aprender a hacer todo “de corazón”, pues si ayudamos compulsivamente habremos sorteado así el *paso* de

“sentir nuestra alma”; es decir, el paso de sentir aquello que habrá atraído ese evento hacia nosotros, y por lo tanto habremos evitado una vez más sentir nuestras “emociones heridas”),

- en vez de decirnos nada de eso, hemos de abrirnos a lo que hemos visto arriba:

Recibir todo como *oportunidades* para “*aprender sobre el amor*”;

- es decir, los gritos de los hijos son *en parte consecuencias de actos realizados por la madre*; aunque son consecuencias de unos actos de la madre realizados hace mucho tiempo por ella; y decimos que son *en parte* consecuencias de lo hecho por la madre, *en parte...* porque esos hijos, cuanto más mayores sean, más posibilidades tienen de usar su libre albedrío de otras maneras, para poder tratar de otra forma con sus emociones,

- el *acto* de la madre fue hacer, “desde su alma”, que en la infancia los niños “*bloqueen error*” (es decir, que bloqueen “error emocional”, absorbiendo las emociones de la madre sobre cómo ella se siente o se sentía sobre los hombres, debido a lo que a su vez le transmitieran su respectiva madre, o su padre, etc.),

- y entonces, gracias al evento de los gritos (“regalo”), ella podría *aprender* de forma “natural” (“sin esfuerzo”). Es decir, ese evento lo puede “*aceptar positivamente*”,

- ella puede *aprender* simplemente *sintiendo*, primero sintiendo;

- y lo que aprendería es algo sobre el *amor*, aunque sólo sea el “amor implícito” en el simple diseño de la existencia; es decir, en el mero hecho de ser almas, de ser ese “ánimo” (almas creadas por Dios), un “ánimo”, unas almas, que están reguladas por unas leyes que son amorosas;

- y claro, en el fondo esto debería ser *sencillo* –y parece que estamos comprobando que lo es–, pues para eso estaría diseñado todo (para este “aprendizaje”, aunque en modo “redención” cuando estamos caídos en el miedo),

- ella aprende sintiendo, decíamos, y en este caso, ese acto de sentir se llama “*arrepentimiento*”;

Y recordemos: en realidad y en el fondo, las cosas sólo se “*tienen*”, se “*conocen*” o “*se aprenden de verdad*” si se sienten en el alma y son absorbidas ahí (lógicamente, pues el ánimo-alma es el marionetista o titiritero de los dos cuerpos que tenemos, si todavía estamos encarnados: cuerpo físico y espiritual),

- lo que ella sentirá, si se arrepiente, es la *herida* causada *a la vez* en sus hijos y en ella, una herida hecha desde su alma a los hijos, en la infancia de éstos;

esta sería la mejor manera de empezar a “ayudar” a los hijos; o bien, sería, de entrada, la única manera, en realidad, de ayudarles; pues si nos arrepentimos en este sentido “técnico”, entonces deja de haber esa “resonancia empática”, esa resonancia en la que los hijos se ven continuamente invitados a seguir igual, es decir, a seguir mostrando esa herida, una “identidad herida”, pues en parte las leyes naturales les invitarán a hacerlo, para mostrarle a la madre el error emocional que ella tiene todavía –y ellos–, dentro de su alma, y que es debido a lo que ella les hizo a los hijos (pasarles, a nivel emocional, bien profundo, creencias falsas sobre “los hombres” –por ejemplo–);

o sea, si los hijos no hacen otra cosa (y en general, como son más pequeños, parece que hay menos probabilidades de que despierten al pecado...), es sólo así que podrá dejar de existir esa resonancia empática que los hijos sienten con respecto a la herida que les pasó la madre, pues ella sigue teniendo esa herida en su alma tal como siempre la ha tenido, pues no se ha arrepentido;

- esa “herida de arrepentimiento”, la relativa al arrepentimiento, señala o apunta, a su vez – dentro del alma de la madre– hacia otras heridas en el alma de la madre:

son las heridas relativas al *perdón* de la abuela, abuelo (es decir, en general de los padres o tutores de ella, de esta madre), etc., pues estos otros adultos igualmente le hicieron a esta madre absorber por ejemplo “heridas sobre los hombres”;

- en la infancia, los hijos de esta madre recibirían “consecuencias desarmónicas” desde “actos de sentir”;

es decir, pongamos que el niño siente algo; entonces la madre le corrige o castiga “artificialmente”; es decir, le corrige o castiga en desarmonía con las leyes de Dios;

luego, en el futuro lejano, a la madre las leyes le traen eventos como el de los gritos (aunque en teoría antes se habrían dado muchos otros eventos más suaves, por cierto);

ese evento de gritos nos lo trae la vida para que podamos aprender sobre el amor, el cuidado... es decir, nos enseñaría, indirectamente, sobre cómo habría sido posible o “mejor” actuar ahí (o sea, “mejor” que aquel modo de actuar “artificial” que tuvimos hace años; y “mejor” significa en armonía con las leyes naturales –con el principio de amor, etc., que anima esas leyes–),

- la madre les pasó eso “artificialmente”, dijimos, para así ella *no tener que sentir* lo que le hicieron sus respectivos padres o tutores,

- ella *usó* a los niños para validar las “opiniones emocionales” de la abuela/abuelo de éstos (o de otros adultos);

de este modo, ella antepuso esas opiniones (creencias, etc.) a los principios amorosos (principios que reflejan a Dios) que *animan* las leyes naturales (actuando en el alma, etc.);

ella antepuso, pues, la “artificialidad” a Dios (así se crea la fachada, por lo que se ve).

Como vimos, lo primero no es por ejemplo “corregir” a los hijos para conseguir cosas como: “que no griten”, etc.

Lo primero tampoco es “ayudarles” a satisfacer el motivo superficial de quejarse, o sea, a conseguir lo que sea que el grito pueda aparentemente estar expresando, o lo que interpretemos que está pasando (“están mal de la cabeza”), para poder así dejar de quejarse –esos “hijos”–.

Pues mientras nosotros, como padres, tengamos heridas emocionales, entonces, si actuamos en “modo automático”, a menudo lo más probable será que actuemos en desarmonía con el amor tal como Dios entiende el amor –tal como entiende el “cuidarse”, etc.–. Y, por ejemplo en ese evento concreto de gritos, tendremos una *creencia falsa* acerca de la *causa* de esos gritos.

Dicha creencia falsa tendrá que ver con algún error alojado y bloqueado en nuestra alma (relativo a miedos: miedos a sentir, etc.).

Será un error o falsedad que dice, por ejemplo, lo siguiente:

“yo no tengo nada que ver con la causa emocional de por qué vivo esto que estoy viviendo... de por qué gritan estos hijos díscolos”.

Es decir, primero nos toca mirar dentro de nosotros, o sea, mirar “nuestras cosas” sobre lo que *creemos*: ¿qué es lo que sentimos que personalmente *creemos* que a esos hijos les hace gritar?

Es decir, en este camino con Dios, para desarrollarnos en este proceso, primero tenemos que ir desarrollando el “músculo” de querer afrontar honestamente la verdad personal; es decir, afrontar a nivel emocional el hecho de ser almas (emociones, deseos...), y la verdad de nuestro estado actual en torno a las premisas de las que hablamos al principio de este apartado.

En el alma es donde vimos que reside toda verdad (absorbida), o bien todo ese error (absorbido) que a veces se disfraza de verdad. Y ese error es en sí mismo eso que a veces Jesús llamaba “verdad personal”.

Lo primero de todo, como ya vimos, es que nosotros como madre o padre hemos de sentir aquella “parte de responsabilidad emocional” que tenemos en la herida emocional que al final lleva a unos hijos a cometer ese tipo de pecado, el de “bombear enfado” así, a gritos, hacia los demás (y encima de bombearlo hacia una, ¡oh!, “sacrosanta madre”).

Entonces, este desear sentir lo que tenemos en nosotros “primero”, es decir, esta humildad “inmediata”... es lo que se llama “*arrepentimiento*”, cuando concierne a heridas de ese tipo; es decir, a heridas hechas a otros y que afectan a la vez a nuestra alma, pues todo pecado (como por ejemplo matar con el aborto, etc.) comporta la creación de una herida o daño en nuestra alma; y si estas consecuencias de dolor emocional se dan así, es simplemente como retroalimentación natural, para que no sigamos actuando en ese sentido, para que no sigamos por ahí, dañando nuestras almas y las de todos.

Y es que ese dolor emocional que sentiremos será o nos dará una oportunidad para aprender sobre el amor.

Y sí, lo podríamos interpretar como “corrección”, pues nos permite enmendar lo errado –o se lo permitirá a las leyes naturales y a Dios, en general–, pero a menudo, al hablar de corrección, o al hablar *primero* de corrección, quizá nos acercamos más fácilmente a malinterpretarlo como “castigo”.

Entonces, ese arrepentimiento es algo que, curiosamente⁹, necesita ser “ejercido” por la madre de este ejemplo que estamos viendo, tal como ya vimos concretamente en esa conversación entre esa madre y Jesús¹⁰ –pero sólo si ella quiere crecer de verdad en amor–.

Así pues, en este caso tenemos una madre que, cuando los hijos eran pequeños, normalmente les estaría transmitiendo, “desde su alma” (o sea, desde su “comportamiento” en general)... les transmitiría emocionalmente a los niños por ejemplo sus sentimientos acerca de los hombres en general, o acerca de “lo que significa ser hombre”, y que son los sentimientos que ella tuviera hacia su pareja, hacia su padre, etc. (y que a su vez tienen que ver con cómo se sentía su respectiva madre, etc.).

En general, eso es lo que les transmitimos a todos los niños y niñas “sin querer queriendo”, al obligarles a bloquear dentro de sí mismos esos sentimientos que tenemos –de miedo, etc.–, y que degradan el alma.

A su vez, como vimos, esos sentimientos que la madre ya tenía ahí dentro de ella bloqueados, y que transmite a sus hijos, son muchas veces los que habrá absorbido ella en su infancia, de parte de su respectiva madre, etc.

Son pues sentimientos de nuestros progenitores, que se nos quedan bloqueados a partir de nuestra vida en el hogar. Y esos sentimientos son exactamente la manera en que se sentían nuestros padres respecto a esos temas cruciales en torno al amor y al cuidado de uno mismo y de los demás –parejas (sacrificio), hijos (sacrificio), etc.–.

Lógicamente, ese “traspaso de error emocional” es realizado de manera muy profunda, ya que el alma es en último término lo que gobierna nuestras vidas, y en la infancia y en el útero el alma absorbe intensamente todo lo que “puede”.

Así pues, esas emociones desarmónicas, una vez que se quedan ahí dentro, bloqueadas, tienen el potencial de condicionar mucho las vidas; y también condicionarán, paradójicamente, las vidas de los

9 Lo digo porque, lógicamente, esto por ahora sería aún muy “políticamente incorrecto”, en general. (Ya vimos el tema del tabú de la madre, etc.)

10 El enlace está abajo del todo, en el apartado de referencias.

padres que hagan eso (todos en algún grado lo hacen), pues eso no es armónico con el amor; y por lo tanto las leyes naturales nos van a seguir ofreciendo *oportunidades para poder aprender sobre el amor* –unas oportunidades que malinterpretaremos o que ni siquiera atenderemos como tales–.

En vez de *sentir* lo que le hicimos a los demás (en este caso a unos niños que decimos que son “nuestros”...), en vez de eso, queremos que *primero* cambien los demás (en este caso, que cambien los “hijos” primero –queremos arreglarlos, etc.–).

Queremos todo, todo... y lo queremos con más o menos desesperación... queremos todo, cualquier cosa, lo que sea... antes de nosotros *sentir el arrepentimiento* por lo que hicimos.

También, en el caso del *perdón*, queremos sobre todo que primero *cambien los demás primero*, o sea, que cambien primero nuestros padres, madres, etc., antes de nosotros “cambiar”; es decir, antes de nosotros tener que sentir o afrontar el dolor que nos provocaron esa madre, padre, etc., desde sus almas, en nuestra infancia (o en nuestro periodo uterino).

¿Por qué esto es así, en el caso del arrepentimiento y de los gritos, que acabamos de ver?

Porque no queremos a su vez conectar con nuestras heridas, ni tampoco –por cierto– con el *creador* de las almas de nuestros hijos (con Dios, al que sistemáticamente se nos ha invitado y enseñado a rechazar, en la infancia; ese Dios al que también se nos ha enseñado a *sustituir* –emocionalmente– por las “opiniones emocionales” que nuestros padres, abuelos, y otros adultos tenían y tienen sobre prácticamente *todos* los temas y hechos de la vida).

Nuestras heridas en general parece que no tendrán nada que ver con el aspecto más superficial de lo que esté pasando en esa “relación de arrepentimiento” con los hijos; no tendrán que ver con su queja, en términos intelectuales, materiales, etc.

Y por defecto nos queremos quedar en lo más superficial, pues no queremos conectar con las heridas que tenemos y que son las relativas a lo que nos hicieron, a su vez, nuestros padres –el entorno adulto–.

Todo eso que nos hicieron nos “constituye” aparentemente, en gran medida, pero más bien es que nos condiciona; es decir, nos “constituye” pero como “alma que vive en error emocional” (en la falsa identidad de la *fachada*), y que lleva más o menos mucho tiempo invertido en disimular eso con dicha fachada –y viviendo así, por lo tanto, en el yo herido–.

Ese error, que es transmitido mediante ese comportamiento de las almas y de los cuerpos de los padres (pues Dios no ha creado ningún miedo, etc.), se quedó muy profundamente alojado en nosotros, y digamos que “duele mucho”; o bien, digamos que en seguida tenemos la perspectiva (falsa), la resistencia, de miedo o de terror, pues a veces tenemos mucho miedo a siquiera abrazar un poco la idea de la posibilidad de –o la mera sensación de que tenemos la posibilidad de–, efectivamente, poder llegar a sentirlo todo y a traspasarlo todo, sin problemas; y de que podríamos “salir ilesos” por el otro lado del proceso –y ello por muy abrumador que resulte, ya que son emociones fuertes–.

De hecho, se nos programó para pensar que toda nuestra vida (y toda nuestra identidad real, digamos) dependía o depende, en mayor o menor grado, de no sentir ese error, y, por lo tanto, de volvernos a imagen de los padres... (o a su contraimagen, por cierto, si actuamos en “modo rebelde”, pero, aun así, sin querer acceder al duelo o pena por lo que nos hicieron –sin querer ser *humildes* en realidad, en este sentido simple y profundo, el que vemos en estas enseñanzas de Jesús y María Magdalena–).

Complemento tomado de las preguntas y respuestas del encuentro hecho el 12 noviembre del 2011 por Jesús y María Magdalena

[Este fragmento (que es un parafraseado o a veces es literalmente lo que decían en el encuentro) es lo que uso también en el siguiente apartado. Entre corchetes como este, detengo

con varias observaciones el discurso de esta “transcripción parafraseada” del fragmento de ese encuentro.]

Muchas veces imponemos sobre Dios (y sobre lo que Dios creó) las emociones que tenemos sobre lo que mamá y papá nos hicieron. Y esto es un error general, realmente, pues al hacer eso nos distanciamos de la emoción real mediante la proyección hacia otra fuente.

Por ejemplo, si nuestra emoción real es de pena [*“grief”, duelo, pena...*] y de enfado hacia nuestros padres –debido a lo que ellos eligieron hacernos a nosotros y que nos dolió–, y si luego decidimos no “acusarles” a ellos, en el sentido de que si sentimos acerca de eso, pensaremos que los culpamos, que los acusamos...

[Parémonos un poco a incidir en esto:

malinterpretamos el hecho simple de “sentir” el error que entró en nosotros; lo malinterpretamos porque nos sentimos mal con la idea asociada de “culpar”;

pero atribuir correctamente “responsabilidades” sobre el hecho de “de dónde proviene cada cosa” no es “culpar”; esa acusación es digamos “neutra”, es verdadera, pues las responsabilidades a nivel del alma son las que son, y nosotros no podemos subjetivamente eliminar eso (las madres y padres, etc., han hecho efectivamente algo que dañó su alma y la nuestra, que degradó las almas);

pero es como si asociáramos el mero sentir con el significado de:

“si sentimos, estaremos culpándolos” (a nuestros padres, por ejemplo).

Pero no; sentir es simplemente eso; sentir es sentir: es sentir el error de miedo, vergüenza, etc., el error emocional que los padres y madres, etc., nos hicieron sentir, pero que a la vez a menudo o casi siempre nos hacían bloquear en nuestra alma.

Quizá ellos todavía tengan dentro de sus almas ese mismo error emocional, por cierto; pero eso da igual: nosotros somos capaces de sentirlo humildemente y de así, liberarlo, soltarlo.

Por otra parte, aquellas cosas que “Dios creó”, como decía Jesús, y a las cuales les imponemos nuestras “emociones heridas”, son por ejemplo: los hijos, las parejas, “la vida” en general, etc.

También podemos “imponer esas emociones heridas” en una fachada de bondad, de bienestar, de amorosidad, etc:

- “cuánto quiero a mis hijos” (cosa esta a menudo desmentida por lo que hacemos en el estado de sueño, y en general desmentida porque en vigilia, mucho de ese “amor”, no es realmente amor, sino un comportamiento que nos sirve para sostener adicciones emocionales),

- “qué enamorado/a estoy”... etc.

Sigue este parafraseo de lo que dice Jesús:]

... y si sentimos acerca de ello, pensamos que entonces el padre o la madre no nos quería, y que ya no se ocupa más de nosotros...

[Es decir, si sentimos lo relativo a eso, a la verdad de la verdadera responsabilidad (la “acusación” bien fundada, pero sin inquina, simplemente como un hecho)... si sentimos eso a nivel del alma, por el daño que tenemos en el alma, por una responsabilidad que es de nuestra madre, padre o tutores... entonces pensaríamos que estos adultos “no nos querían”, que “ya no se ocupan más de nosotros”, etc.

Así estamos viviendo en el “yo herido” (“niño herido”), en vez de traspasarlo; y por lo tanto es lógico que emocionalmente sigamos pues dependiendo, lo cual nos degrada; e incluso así seguiremos atrayendo a nuestras vidas a los antepasados, si ya han muerto, lo cual en

general ayuda a degradarnos más entre todos, pues si vienen a conmiserarse de nuestro yo herido no se están haciendo bien a ellos mismos, como almas, ni nos están haciendo bien a nosotros, como almas.

O sea, viviendo en el yo herido podríamos decir que lo convertimos todo o casi todo en una cosa “subjetiva”, “dramática”, digamos... en vez de “sólo sentir”, como “niños puros”]

Y lo que hacemos entonces es, efectivamente, no hablar sobre el daño que ellos han hecho, y, en cambio, arrojamos la culpa sobre algo que no tiene ningún efecto concreto actual en nuestra vida (si es que eso fuera posible).

[No es posible, claro, y por eso Jesús hace esa acotación: no es posible que ningún comportamiento que esté en desarmonía con el amor, deje de afectar a nuestra alma, degradándola (y en su caso, degradando el alma de otros –y, en general, siempre contribuyendo a ello, fomentando degradación, en el caso de los otros (por el ejemplo que a menudo les estaremos dando, cuando hacemos algo degradante “sólo para nosotros”)–).

*Y todo ese gesto que hacemos de “arrojar la culpa fuera” (como por ejemplo, si somos mujeres con parejas hombres: ese gesto de culpar a la pareja, a “un hombre”, en vez de “responsabilizar emocionalmente” a nuestra madre por un daño profundo emocional que ahora tenemos dentro, y que en gran medida, nuestra resistencia a sentir humildemente ese daño (perdonar a la madre) es lo que nos hizo que luego, en la vida, como mujeres –“heterosexuales”– atrajéramos relaciones donde se nos presentaron una y otra vez los “hijos de pu*a” de turno, en forma de parejas... en nuestras vidas de pareja por ejemplo)... ese gesto, decíamos, de “arrojar la culpa fuera” en vez de “colocar la responsabilidad” donde efectivamente está (es decir, en lo que tenemos dentro del alma y que nos queda por perdonar –por sentir– debido a lo que efectivamente pasó, en unos eventos muy concretos, con las madres, padres, etc., desde que estamos en el útero)... en vez de eso... hacemos todo ese “proyectar” o bombear nuestro “miedo a sentir las heridas de infancia”; y todo ese bombeo repercutirá en nuestra alma, causándola una mayor degradación; y en general repercutirá en el entorno, fomentando la degradación].*

Y es así que muchas personas toman su “acusación”, por así decirlo –la que tienen hacia los padres–, y como no están dispuestos a sentir nada sobre ello, entonces, lo que hacen es proyectar esa culpa o acusación hacia Dios, o bien se la proyectan a cualquier persona que ni siquiera está relacionada con su vida de infancia –como puede ser por ejemplo su compañero–, y, a cambio, culpan a esa persona.

[De ahí que hablamos, en estas enseñanzas, de las relaciones de arrepentimiento, que son en realidad todas las que tenemos con parejas, hijos, etc., pues esas relaciones las hemos “atraído”, en general, debido a nuestras heridas, aunque, por ejemplo, parezcamos “enamorados” –lo cual en realidad suele ser una herida–, o aunque digamos cosas como –con otra herida emocional clara–: “que los hijos son lo más importante”, “que los hijos es lo más maravilloso de la vida” (o lo contrario), etc.]

Cuando esto hacemos, esto tiene el efecto de *distanciarnos emocionalmente* de los eventos reales emocionales que nos dañaron. Y cuando nos distanciamos emocionalmente de los eventos que nos dañaron, no los sentiremos.

Así, esto nos da el *control* en cuanto a ser capaces de sentir las cosas reales que están pasando en nuestra vida, y las razones reales acerca de por qué nos sentimos tristes.

[Entiendo que aquí, con el breve párrafo anterior, cuando habla de “control”, se refiere al control de la fachada, porque lo otro no sería control (es decir, el yo verdadero –nuestra esencia pura, digamos– no necesita “controlar”, sino simplemente desear sentirlo todo para, diciéndolo rápido: “soltar error, y absorber verdad y amor”).

O sea, Jesús no se referiría a que, si en cambio lo hiciéramos “bien”, es decir, si desinterpretáramos la situación, podríamos entrar a sentir o empezar a sentir la causa real –a sentirla honestamente–, y así pues, podríamos ser humildes de verdad, y no nos autoengañaríamos sobre lo que sucede emocionalmente.

Eso nos daría de nuevo cierto “control”, aunque en sentido paradójico, pues, como dijimos, lo único que tenemos que “controlar” (si estamos en este camino) es nuestro deseo de ser humildes para poder sentir y simplemente sentir el error, y así, poder abrir el alma a más verdad y más amor –dicho rápidamente–, e incluso a más amor de Dios.

Pues, efectivamente, muy a menudo nos autoengañamos; y en la vida este autoengaño lo hacemos automáticamente al querer poner la responsabilidad de lo que sentimos en otras supuestas “causas”; es decir, en personas y cosas que no son las causas o cosas relativas a aquellos eventos tan intensos que vivimos con los padres, madres, tutores, etc. (y a veces vividos con ellos cuando apenas éramos conscientes, y se estaba formando nuestra “identidad”)... aquellos eventos donde nos hicieron absorber y por tanto bloquear emociones “erradas” (miedos, vergüenzas, etc.).

Sigue el parafraseo –o la literalidad, en muchos casos– de lo que dice Jesús:]

Y la clave es dejar de hacer eso y enfocarse realmente en: “No; la razón real de que yo me sienta así es porque mi madre me hizo tal cosa cuando era pequeño, o mi padre me hizo tal cosa, etc.; y este es el sentimiento que tengo ahora sobre ello”.

Y entonces, soltar ese sentimiento, en vez de echarle la culpa a cosas que no están relacionadas con tu experiencia personal.

Nos distanciamos de nuestra *experiencia personal* de modo que no tengamos que sentir.

Cuando lo propio no es lo apropiado: la continuación de nuestra vivencia en el error, tras “morir”: de traumas y masacres como ejemplo extremo

En los siguientes apartados vamos a tratar sobre esto:

1) Tras morir, lógicamente, el hecho de seguir viviendo en el miedo no es lo apropiado. O bien, si lo queremos decir más pedantemente: el hecho de seguir “identificados” con el error emocional (miedos, etc.) no es “lo apropiado” para nosotros, como almas “destinadas” a “ser felices”.

2) Este “seguir viviendo en el miedo” lo hacemos más o menos traumatizados¹¹.

3) Necesitamos volver a pasar por ese trauma, o simplemente por esas emociones heridas.

4) Pero *para evitar volver a pasar por ese trauma*, “traumaremos” a otras personas (hijos, parejas)... o simplemente las heriremos.

5) Es decir, en general, usaremos “la vida” más o menos “posesivamente” –la vida como mar de relaciones, si lo queréis decir así–.

6) O bien, para evitar pasar por ese trauma y evitar sentir esas heridas, en general ayudaremos a que esas personas –hijos, parejas– a su vez no traspasen sus traumas o sus emociones heridas (miedos que fueron absorbidos a instancias o a ejemplo de sus respectivas madres, padres, etc.); es decir, viviremos en relaciones “emocionalmente codependientes”.

11 En la entrada dedicada a estos “Recordatorios, 1” enlazaré un texto sobre “trauma”, sacado de un encuentro donde preguntan a Jesús sobre ello (María Magdalena y otras personas le invitan a comentar algo sobre el tema, y dicen algunas cosas básicas).

7) Este “traumar a otros” lo haremos con más o menos violencia (con maltrato emocional, bombeando miedos, etc.... o con maltrato a secas...).

8) Para ello usamos hijos, parejas, entorno (“naturaleza”): usamos las relaciones con esas entidades para “traumar” a su vez a estas personas; o bien, para hacer sentir a otras entidades no personales (animales, etc.) esas emociones heridas: las que nosotros emitimos compulsivamente al entorno al no querer “procesarlas” nosotros como *lo que realmente somos*: almas que “contienen” nuestros dos cuerpos, el físico y el espiritual (Recordemos: si ya no estamos “encarnados” la experiencia se organiza “solamente” con el “cuerpo espiritual” o “cuerpo espíritu”).

9) Hacer eso, ese bombeo de miedos, etc., hacia por ejemplo los hijos, demostraría a posteriori que nunca hemos sido ni siquiera “amigos”, “camaradas” –o como lo queráis decir– de nuestros descendientes biológicos, tal como se entenderían las cosas desde el “amor más puro”, y, por lo tanto, tal como las entendería personalmente Dios –es decir, tal como se entendería que realmente son estas “cosas del amor”, la amistad, etc.–.

10) Estas verdades pueden resultar muy difíciles de afrontar, pues para ello se requiere traspasar y afrontar miedos, pero en nuestro mundo¹² nuestro dios es el miedo; y, si queréis decirlo así, sus dioses menores, los acompañantes del “dios miedo”, serían la enfermedad, la muerte, el conflicto, etc. –tal como se puede comprobar todavía al encender la tele, etc.–.

11) Así, cuando “muramos” quizá nos *peguemos* más o menos posesivamente a esos descendientes biológicos (“hijos”, “nietos”, etc.).

12) Esto lo haremos más o menos “inconscientemente”, por ley de atracción en nuestras heridas emocionales (con esos descendientes que tan presuntuosamente llamábamos “mis hijos”, “mis nietos”, etc.).

Como vemos, para tapan ese hecho, es decir, el de que en realidad eso que vivimos era “amor” falso (pues hay una *verdad* sobre el amor, es decir, sobre cómo el amor o el cuidado es verdaderamente armónico); para ocultar –de nosotros mismos y de los demás– el simple hecho de no haber sido capaces de ni siquiera ser “amigos/hermanos” de “nuestros hijos” (no a la manera de Dios, que es muy simple, porque todos somos “hermanos” como almas, como “ánimo” que aloja y aviva nuestros cuerpos)... y si somos ese antepasado ya “muerto”, podríamos pegarnos y causar más degradación en nuestra alma y en la de “nuestros hijos” –y estamos comprobando que efectivamente esto es así¹³–.

Una vez que hemos “muerto”, en realidad el alma sigue “necesitando” volver a sentir esos miedos que a veces son muy tabú, porque los hemos fabricado siguiendo el ejemplo de la madre biológica (muchas veces tan sacralizada), y de otros adultos.

Los hemos fabricado como “bloqueos en el alma”.

Ese proceso de volver a pasar por esos miedos y poder así desalojarlos del alma (pues si no, no pueden salir –si no queremos sentirlos–) puede ser un proceso muy “traumático” (pero que se necesitaría para salir del trauma, en realidad).

De ahí que los desencarnados estén a veces acompañando (y pueden creer que “ayudando”) a sus descendientes, pero de unas maneras más o menos obsesivas y compulsivas; es decir, con muchos grados en cuanto a lo armónicos o desarmónicos –respecto al amor– que son sus actos.

Y por lo tanto, con esos desencarnados cerca, habrá “infinitas” maneras en las que a menudo estaremos todos degradándonos más aún, como almas, y fomentando más la degradación de las almas y del entorno en general.

Como vimos, además hay que tener en cuenta que parece que los desencarnados experimentan más intensamente las emociones, y que la zozobra en la que pueden verse involucrados ya no tiene

¹² “nuestro mundo”..., este “modo de vivir” que no ha creado Dios.

¹³ Ver: “Cómo los antepasados contribuyen al aborto en la práctica (y las religiones): el tabú de la madre, el dogma religioso y el aborto”: <https://www.unplandivino.net/aborto-antepasados/>

como “limitación” el cuerpo físico y –por así decirlo– el modo de vida más “lento” que de cierto modo imprime el cuerpo físico, o que nos facilita la vida en el mundo físico.

Extendiendo el tema de “estar traumatados”: todos tenemos algo de trauma porque nuestros tutores, “padres”, “madres”, etc., no nos sentían en nuestra *esencia* misma, *única*.

Ese “sentirnos puramente”, incondicionalmente, como únicos y “valiosos”, eso, sería algo que Dios lo sabe hacer con plena pureza, digamos (si existe Dios, como creador de las almas, podéis ver que esto es lógico –y teniendo en cuenta la definición básica de alma–).

Lógicamente, esto nos puede dar *celos* de Dios –por ejemplo si somos la “madre” de unos hijos–.

Nos pueden dar esos celos porque realmente los hijos “son de Dios”, y ello debido aunque sólo sea a ese dato que acabamos de plantear, y que podemos empezar a querer comprobar “científicamente” en nuestra “experiencia emocional”, si es que nos abrimos a que pueda ser verdad, y lo queremos empezar a asimilar:

Es el dato de que Dios es el único ser que, de entrada, *ya mismo* siente, y siempre va a sentir –de verdad y puramente– que esos que llamábamos “nuestros” hijos “valen infinito”, o que cualquier otra persona “vale” eso mismo.

En cuanto a sentir esta pureza, el caso del *alma gemela* sería lo único que es algo distinto, digamos.

Por ejemplo, el alma gemela de un hijo... pongamos un niño... si su alma gemela es una niña (y puede que haya encarnado en una niña, como suele ser más habitual), al ser esa niña ya en esencia el mismo ser que él, es un caso aparte respecto a este “sentir puramente la cualidad de ser únicos” –como podéis empezar a imaginar, a sentir–.

Es decir, en la vida, los hijos “nuestros” podrían reconocer en seguida a su alma gemela, y conocerla en la vida física, y eso les ayudaría a sentir más, por ejemplo, su “cualidad de ser únicos”, por cierto, pues su alma gemela es ellos (ambos son el mismo ser: el alma completa).

Pero, como vimos, el alma gemela de alguien, en general también suele tener muchas heridas emocionales. Y la resistencia que ella tenga a sentir esas heridas con humildad, la alejarán de sentirse un ser único; o sea, alejarán a nuestra alma gemela de “sentir puramente sus deseos”, de purificarlos, etc., y por lo tanto de atraer a su vida a su alma gemela, que quizá da la “casualidad” de que es “nuestro hijo”.

Como hemos visto en el anterior apartado, Jesús decía esto: “*Muchas veces imponemos [impose] sobre Dios (y sobre lo que Dios creó) las emociones que tenemos sobre lo que mamá y papá nos hicieron; y esto es en general un error, realmente*”.

Las almas serían lo más importante (“grande”), de entrada, de entre las cosas que Dios creó, por ser la más grande de sus creaciones.

Dios creó las almas de quienes llamamos “nuestros hijos”.

Y las emociones que, como adultos, tenemos bloqueadas en el alma, y que provienen de aquello que nos hicieron nuestras madres, padres, etc., se las “imponemos” a veces casi “automáticamente” a los hijos (a esas almas “que Dios creó”, pues nosotros “sólo tuvimos sexo”, y luego nos organizamos muy mal para acompañar a los hijos, en casi todas las situaciones y culturas, etc.).

Esas emociones también se las imponemos a las parejas.

Vamos entonces a particularizar esto en nosotros, a modo de “invitarnos a una oración”, usando el fragmento transcrito y parafraseado en el anterior apartado, pues tal como he comprobado, al menos en mi caso, y tal como sugiere Jesús a veces explícitamente... viene muy bien rezar muy personalmente a Dios. ¿Por qué?:

- para abrirnos a sentir *cómo se siente* Dios sobre nosotros.

Pues Dios no tiene ninguna herida, a diferencia de nuestras madres, padres, profes, etc., ya que el modo en que los adultos se sentían sobre nosotros era casi siempre desarmónico respecto a cómo se siente Dios sobre nosotros.

(Y, por lo tanto, al nosotros sentir y bloquear ese “sentir desarmónico adulto”, entonces quedamos más o menos “traumados”, pues la manera en que se sienten nuestros padres, madres, etc. –incluso aunque ya hayan “muerto”– conlleva muchas heridas emocionales, y mucho “intercambio energético” en esas heridas¹⁴.)

- e incluso para hablar de esto con desencarnados, pues estamos siempre bastante acompañados, y ellos igualmente necesitan “volver a pasar por el trauma”, o simplemente ir sintiendo cuanto antes las heridas en general, si quieren armonizarse con el amor tal como lo ve Dios.

Podemos particularizar las cosas con la expresión “mi madre”, refiriéndonos a la madre biológica, por ser una figura que en la vida de la mayoría de personas sería en realidad la más controvertida, digamos (aunque muchas veces, insistamos, este hecho es “tapado” para no sentir las heridas, y creemos más o menos falsamente que “queremos a la madre”, etc.).

Esto ya lo vimos en las enseñanzas de Jesús, donde se nos alerta sobre que esta figura es hasta tabú.

Su “sacralización” nos impide desarrollarnos realmente como almas.

En general vivimos efectivamente en esa sacralización “de manera emocional”, profunda (también se diría “inconsciente”), pues en realidad adoramos nuestros miedos, y éstos fueron absorbidos intensamente desde que estamos en el útero, en eventos muy concretos y desde almas muy concretas: en un principio del alma de la madre, y ello en una proporción muy grande –aunque, lógicamente, todo esto será todavía bastante negado en nuestra fachada, mientras no queramos afrontar la verdad a nivel emocional–.

Es decir, esa sacralización alimenta nuestra resistencia a sentir humildemente el error emocional, para que, con tal humildad, pudiéramos absorber más verdad, y así, “ser más desde el alma” y estar más en armonía con el amor –actuar más espontáneamente así, en esa armonía con el amor real, etc.–.

Es decir, con esa sacralización que hacemos, nos impedimos anhelar más verdad, anhelar más amor a la manera de Dios; nos impedimos también ser humildes (en esa definición tan simple de humildad, y que nos sirve para toda la eternidad –la definición que tenemos de humildad–), etc.

Entonces, podemos decir cosas como la que sigue:

“A mí me creó Dios (alma), y mi madre impone sobre mí las emociones que ella tiene sobre lo que le hicieron su madre y su padre, etc.”.

Eso ocurrió, sí o sí. Nuestra madre nos impuso por ejemplo sus opiniones emocionales sobre el otro sexo, o sobre ella misma (ser mujer), etc.

Esas opiniones a su vez provienen de heridas traspasadas a ella por sus adultos y entorno, y también de lo que ella hizo en su vida, y que afectó a su alma si lo hizo en base a las heridas, pues al actuar en base a esas heridas se va fomentando y prolongando el dolor emocional y su acumulación –por ejemplo en el caso de que nuestra madre abortara a otro hijo, después de tenernos a nosotros, etc.–.

14 Y eso lo sentimos y lo absorbemos como esponjas, desde pequeños, haciéndonos una identidad de ese modo, una “identidad en la herida”, y luego tapándola en seguida con *fachadas* de “niños buenitos”, “niños malos”, etc.

Entonces, si esas emociones son muy traumáticas... ¿qué pasa?

Imaginaros que por ejemplo una niña indígena haya vivido una masacre, un acto así de violento, cuando era muy pequeña¹⁵.

Cuando luego esa niña se hace mayor, y es a su vez madre y abuela, y luego muere... si ella no ha traspasado ese trauma (donde estuvo a punto de ser masacrada de pequeña), entonces ella lógicamente va a sentirse con mucha justificación para atribuir lo que siente (todo ese miedo, terror) no a lo que estaba viviendo en su alma en ese evento, no a lo que estaba sintiendo de parte de las almas (terror) de los adultos que estaban con ella en el evento (su madre, etc.), sino que va a atribuir eso que siente primero a cualquier otra cosa.

En el caso concreto que estamos viendo, si era muy pequeña, entonces la niña absorbió principalmente ese terror por parte de la madre, del alma de su madre indígena, que es el alma que más estaría sintiendo en ese momento cuando era tan pequeña.

Esto hace que pudiera echar la culpa a “lo indígena” –y diríamos que lo haría “inconscientemente”–.

Es decir, para no terminar de sentir el trauma (cosa que necesita hacer para temblar todo el miedo, etc.), podría vivir toda la vida en ese trauma; y los síntomas de estar viviendo así serían por ejemplo ese rechazo a lo indígena.

Es decir, el rechazo de ella, siendo tan pequeña, no es intelectual-adulto, en plan: “*qué malos los de la policía territorial argentina, etc., que mataron a aquellas personas que me rodeaban*”.

Y lo que ocurrió es este rechazo, pues la niña, ya de mayor, rechazaría lo indígena, otras razas, etc. (anecdóticamente, se casó con un español, cosa que repitió su hija).

Entonces, al no querer volver a sentir ese terror (como todos en general, que no queremos volver a sentir miedos, etc., para poder realmente sanar el alma), entonces, la niña, ya de mayor, no puede “atribuir las cosas correctamente”, es decir, vive en más o menos error emocional, al no querer re-vivir los eventos traumáticos (pues en general todos creemos que las emociones “pueden con nosotros”, etc.).

Pero el hecho principal en cuanto al trauma sería que le vino desde el alma de su madre (si la niña era muy pequeña, principalmente sería desde ahí, pero, claro está, también proviene de otras almas de los adultos aterrorizados por ese evento).

O sea, es de ahí de donde le vino a la niña ese gran terror.

Al ser muy pequeña, eso sería lo que más sentiría en ese momento, y sin entender lo que pasa, en realidad.

Otro candidato evidente a “culpar”, cuando nos ponemos a pensarlo ya en modo normal “adulto” (más o menos “desalmado”), es decir, en el modo en que no entendemos que las cosas parten desde las almas y que son así de simples... otro candidato al que “echar la culpa” podría ser a la situación en sí, claro está; es decir, la materialidad de la masacre, digamos, y quizá atribuir el modo en que nos sentimos a quienes mataban a la gente en ese evento (a los “malos”).

Así, justificaríamos también el quedarnos viviendo en el trauma, en vez de “resolverlo”.

En general, la niña, ya de adulta, si vive tal como todos solemos vivir (en el yo herido) va a sentirse profundamente justificada a la hora de vivir “juzgando a los demás”, condenando más o menos por ejemplo a los “malos” –aunque en este caso no sería así, por lo que vimos–.

Y por cierto, claro está que a lo largo del tiempo, esas figuras de “los malos” podrían convertirse en otras cosas o entidades que nada tienen que ver, desplazando así la “culpa”, digamos (y de hecho suelen pagar el pato nuestras parejas, etc.).

15 Tenemos en mente, como se entenderá si se vieron más cosas, el caso de Clau y su familia.

Y esto es “lógico”, claro está, en la lógica del mundo, aunque no en la que nos sirve para sanar el alma –digamos–.

A una niña así también quizá le podría suceder en parte lo siguiente: podría interiorizar muy profundamente que en realidad ella era “la mala”, la equivocada.

En general, eso es lo que estamos viviendo en el yo herido, esa misma creencia en algún grado, pues el yo herido es eso: es creer muy emocionalmente que esas cosas *han de quedarse* ahí bloqueadas (miedos, vergüenzas, penas... frustración, etc.).

Es decir, en realidad a todos en alguna medida nos pasa eso mismo, pues al no terminar de liberar miedos o terrores de nuestra alma, terminamos pensando que los que estamos mal somos nosotros, en sí mismos. Pero en un inicio no fue así, sino que absorbimos todo eso desde alguna otra alma, al sentir pero no poder terminar de “llorar” por ese miedo, o de “patalear” la frustración y llorar... etc.

Así es que en cierto modo, en parte, la niña de mayor puede terminar viviendo en la creencia en que la masacre de alguna manera estaba justificada, y cosas por el estilo (y sin sabérselo explicar de este modo, en realidad, o sea, mucho más allá de las palabras).

Y así, por terror, para no tener que volver a sentir el terror, nos puede terminar pasando de todo, en nuestro deseo de ignorancia emocional: podemos identificarnos con “los malos”, con los asesinos, que en este caso son “gente blanca”, la de las “policías territoriales” por ejemplo¹⁶; e incluso podemos terminar despreciando a la gente indígena, etc. (indígenas que algunos dirían que son “su gente”, que son “los suyos”, de la niña).

Y entonces, tal como podemos entender y pensar fácilmente, ese desprecio a los propios antepasados, si éstos ya han muerto, conllevará a menudo unas reacciones nada amables de parte de algunos de esos antepasados (mucho indignación, quizá), ante la “traición” de aquella niña que vivió la masacre, pero que ahora de algún modo desprecia a sus mayores, a sus antepasados indígenas.

Y por cierto, una vez que esa persona muere, habiendo sido ya abuela, entonces esos antepasados que se sienten traicionados se pueden vengar, *retraumatizándola*¹⁷, si ella no siente hasta el final todo el terror, etc., para que pueda pasar y disolverse todo ese miedo.

E igualmente, esos antepasados estarían también con esa falta de humildad con respecto a esas emociones tan intensas de terror, dolor y pena, asociadas al trauma de la masacre.

Volviendo a la semi-oración con nuestra madre, y la masacre

Y fijaros, volviendo al caso general:

hablamos en presente: “mi madre impone”, porque en general hay un intercambio a nivel energético, y a menudo da igual si en vuestro caso ya murió la “madre” (o el “padre” biológico), pues a menudo sigue existiendo ese “intercambio emocional”, que es más o menos degradante para las almas.

Recordemos además que Jesús nos avisa de que, al morir, normalmente las personas, cuando están en las primeras etapas de su vida en el mundo espiritual, suelen degradarse un poco más –al principio de esa “vida nueva”, en ese mundo–.

Y es que resulta que al morir seguiremos con las mismas emociones “por sanar”, las mismas heridas emocionales (pues como muchas veces expresa Jesús, lo único que cambia al morir es que

16 En el caso de la *masacre de Napalpí*, en Argentina, en el año 1924, fueron instituciones del gobierno las que actuaron masacrando. Esa masacre, junto a otra ocurrida en 1947, son al parecer las dos más grandes del siglo XX en Argentina.

- Ver wikipedia: “Masacre de Napalpí”: [es.wikipedia.org/wiki/Masacre_de_Napalpí](https://es.wikipedia.org/wiki/Masacre_de_Napalp%C3%AD)

- Este es un artículo con muchos datos sobre la otra gran masacre, acaecida en 1947, que fue ocultada durante muchos años: https://www.anarkismo.net/article/9118?userlanguage=es&save_prefs=true

17 Ver la alusión breve a la *retraumatización* en el texto de notas sobre el trauma, al que aludí en otra nota al pie.

Esa retraumatización nos la pueden provocar también espíritus mientras estamos encarnados, si no somos del todo humildes con las heridas emocionales, en el simple sentido que da Jesús a la humildad.

sabemos a ciencia cierta una única verdad más: que no hemos muerto).

En el mundo espiritual no hay “leyes humanas”, leyes en el sentido escrito, digamos. Y el impacto del cambio de vida y del tipo de leyes naturales que básicamente nos afectan (en la vida experimentada en el cuerpo espiritual) puede servirnos, como tal impacto, para “liberarnos falsamente”, a nuestra manera, exagerando algunos comportamientos en el yo herido, unos comportamientos que prolongarían la herida, la degradación.

Y recordemos que eso mismo o algo parecido es lo que al parecer ya nos pasa a casi todos cuando nos vamos a dormir, ya que ahí empieza el “baile” sin tantas máscaras, fachadas... un baile más o menos infernal, que, por supuesto, no queremos recordar al despertar por la mañana o cuando sea – tras el descanso del cuerpo físico, quiero decir–.

Obviamente, en nuestras oraciones, en el diario que quizá hagamos anotando algunas cosas (sobre todo enfocados en sanar, y por lo tanto, en ver las emociones a traspasar, los miedos a desafiar, enojos a “procesar”, etc.), o en lo que queramos... podemos siempre recordar que, si por ejemplo nuestra madre está haciendo eso emocionalmente con nosotros, es porque lo *permitimos*.

Lo permitimos como “gesto interno en el alma”, y del cual no podemos responsabilizar ni siquiera a Dios (como creador de esa alma “que no sabíamos que éramos” y “que era tan importante”), ni siquiera a Dios... para que Dios nos impida seguir realizándolo, y, por lo tanto, nos impida seguir haciéndonos daño al bloquear emociones desarmónicas en el alma –que es la causante final de nuestra experiencia, por así decirlo–.

Pues si nosotros sanamos nuestras heridas emocionales, nadie podría hacernos nada así.

El “problema”, aquí... es decir, aquello que a veces parece evidente que nos puede confundir mucho en todo esto, es que esas profundas heridas emocionales han sido creadas precisamente por esa misma madre (o padre, etc.). Y es esa madre, por ejemplo, quien luego se puede pegar a esa herida emocional tras morir¹⁸.

Vamos a seguir, pues, con esta especie de “oración”, y recordando aquí siempre la última advertencia que hice:

los desencarnados no podrían “usarnos emocionalmente” si nosotros espabiláramos y sintiéramos humildemente todo el error que sigue haciéndonos “vivir en la herida”.

Es decir, si *desafiáramos los miedos* necesarios para superar las heridas, no podríamos entrar en esas *adicciones emocionales* en las que a veces llevamos toda la vida con la madre, el padre... y luego las que tenemos –las adicciones que tenemos incluso más colectivamente hablando– con muchos desencarnados que quieren dirigir y de hecho dirigen en gran medida –dependiendo de la época de la humanidad¹⁹– a grupos de personas o a “la humanidad”... dirigiendo o “salvando” (pues ese concepto de “salvar” aplica, si es bien interpretado²⁰)... dirigiendo o “salvando”... grupos de personas o a la humanidad, etc.

Esto lo hacen, se lo permitimos hacer –y evidentemente lo hacen de igual manera como sucede en el caso individual–:

- con más o menos “soborno energético/emocional”²¹ (enganches entre “miedos a sentir”),
- más o menos orgullosamente,

18 Sobre esto ver el siguiente conjunto de “recordatorios”, el 2, enlazado en la descripción o introducción arriba.

19 Y por lo tanto, dependiendo de nuestras maneras de actuar según la época histórica, dependiendo del conocimiento sobre esto que haya en el mundo físico, etc.

20 Es decir, las diferentes tribus de desencarnados que no están sensibilizados mediante el amor de Dios, en sus almas, tendrán mil y un conceptos sobre lo que significa “salvar a la gente” (como vimos, los mismos desencarnados hablan por ejemplo de “cosechar almas”)... y a trancas y barrancas, pueden “seducir” usando nuestras heridas emocionales y de muchas maneras (por ejemplo suplantando la figura de Jesús, etc.).

21 Ver: “*Soborno emocional con personas... y con espíritus* | Cosas básicas del taller de Jesús y María M. (2011)”: <https://www.unplandivino.net/soborno-emocional/>

- y de una manera más o menos atinada (atinando por ejemplo respecto al hecho de que el amor en realidad es un regalo)...

Pero, en general, lo hacen –o por ahora se hace– *conculcando el libre albedrío*, por ejemplo justificando los medios empleados para conseguir algún fin que se estima correcto, pero usando unos medios que no son del todo armónicos con el amor.

Justifican esos medios porque los fines son “buenos” a su entender, en una comprensión que, claro está, conllevará todavía heridas emocionales, incluso aunque las almas desencarnadas estén ya en algunas de las dimensiones superiores²², como la 2.

Pues, recordemos: cada cual es el único ser en todo el universo que puede impedir que Dios nos dé su amor. Y el amor divino es un tipo de amor particular, que viene de parte de ese ser infinito, Dios. Ese amor tiene la capacidad de sanarnos plenamente, y puede además transformar nuestra alma hacia el ser eterno que podemos ser, por diseño.

Vamos pues con esto a modo de “oración”:

“Mi ‘madre’ me usa para no sentir el daño que le hicieron en su infancia sus padres”.

Fijaros, en el caso de la masacre, está muy justificado sentir y entender que el daño (el terror alojado) no vino primero del alma de los padres u otros adultos cercanos (cosa que sí es el factor principal en el caso de la niña).

Lo fácil parece que es entender que todo el daño provino por ejemplo de los asesinos (cosa que además, luego nosotros mismos podemos rechazar entenderla así, y traspasar esa “culpa” a otros, otras cosas, etc.).

Seguimos:

“Mi madre, al no querer sentirlo, quiere entender y fomentar objetivamente una falsedad dentro de sí misma”.

Esa es la falsedad de que, esas emociones que ella alberga, no se deben a lo que se deben.

Aunque esto, esta falsedad, es una especie de “gesto interno” en el alma, uno que todos realizamos en realidad... y mucho más allá de las palabras.

Vivimos en ese error.

Las emociones que esta mujer, ya mayor, tiene, las emociones por sanar son:

- por un lado las emociones de error “originarias”, recibidas en su infancia y en el útero.

Y como vemos, entre esas hay (y quizá todavía haya) literalmente mucho terror (en el caso de la masacre es así, lógicamente –pero recordemos que en realidad casi todos tenemos realmente mucho miedo bloqueado/bloqueante–).

- por otro lado, también está el “daño” que en general ella tenga acumulado en el alma por cosas que ella hizo luego, y sobre las que necesita sentir –el daño relativo al arrepentimiento–.

La vivencia en la que está (y en la que todos estamos en algún grado) es que todas esas emociones originarias y que se bloquearon en el alma en aquel entonces (eventos más o menos traumáticos), no se

22 Recordatorio: dimensión = condición del alma en amor.

deben a lo que efectivamente se deben.

Es decir, en el caso de la niña: que no se deben a lo que hacia ella le fue transmitido por sus respectivos padres (su madre, padre, abuelos, etc.)... a lo que ella vivía con ellos y absorbía de ellos, de sus almas, y desde antes de ser consciente de sí misma (en el caso de la masacre, imaginemos el intenso terror de esos adultos).

Así, ella trasladará a otra cosa distinta que no es su alma (culpando a “lo indígena”, o bien, en otros casos, culpando a los “malos” de la policía que asesinaron a estos indígenas).

(Y todos los adultos trasladamos más o menos (“proyectamos”) esa “acusación” –esa “responsabilización”, esa: “*blame*”²³–).

Fijémonos en que al decir esto, es decir, al sacar a la luz este hecho objetivo y simple sobre el alma, no estamos condenando, juzgando, a los padres.

Solamente decimos un hecho: eso es lo que ha pasado, es lo que pasó para que efectivamente esa emoción de error “entrara” en nosotros; y así, esa acusación está basada en un hecho real, en una responsabilidad real.

Pero se lo trasladamos (y vamos usando más el apartado de arriba sobre esto, el “complemento”, ampliando, parafraseando...):

- se lo trasladamos a Dios, pues Dios siempre está intentando por ejemplo que cada cual, personalmente, acepte verdad de su parte, de parte de Dios; pero es una verdad a nivel de los sentimientos, una verdad que Ella nos transmite todo el rato desde su “alma” infinita a nuestra alma finita... pero que es una verdad que en seguida apagamos, imitando así a los adultos en este “comportamiento emocional”, “álmico”;

- o se lo trasladamos a cualquier persona que ni siquiera estará relacionada con la vida de la infancia, que es cuando recibimos el daño (o sea, lo trasladaremos a los hijos, las parejas...);

- también podríamos decir que se lo trasladamos a *la vida* en general, o a lo que podríamos llamar “nuestra relación con la vida”, con una vida que en realidad está regulada por leyes amorosas creadas por Dios.

Y así, *desconfiamos* de la vida por ejemplo desconfiando de que las leyes naturales nos puedan sustentar físicamente.

Es decir, desconfiamos de que, si activamos nuestro deseo de una manera que sea cada vez más armónica con el amor (tal como lo entiende Dios), se puedan ver satisfechas nuestras necesidades físicas, por ejemplo.

O sea, por ejemplo podemos desconfiar de poder ser “independientes” de nuestros padres, físicamente hablando (“económicamente”, se suele decir); o bien, desconfiamos de poder ir teniendo unos trabajos que sean menos desarmónicos con el amor; o en general desconfiamos de poder “ser felices”, etc.

Este traslado de la “responsabilidad” (ese cambio hacia una “acusación falsamente dirigida”) nos ayuda a vivir en el error, trasladando la responsabilidad objetiva, es decir, la verdad de los hechos, que afecta a nuestra verdad personal, que afecta a la naturaleza real del error emocional que tenemos dentro, es decir, de ese error que “bloquea” nuestra vida (es nuestra resistencia a sentirlo, es nuestra falta de humildad, lo que la bloquea).

23 En inglés, “blame”.

Entonces, al hacer eso nos distanciamos emocionalmente de los eventos reales emocionales que nos dañaron.

Y cuando nos distanciamos emocionalmente de esos eventos, no los sentiremos.

Entonces, esto nos da el *control* en cuanto a ser capaces de sentir las cosas reales que están pasando en nuestra vida, y las razones reales acerca de por qué nos sentimos tristes.

[Cuando dice: “esto nos da el control...” entiendo que se referiría Jesús al “distanciamiento emocional” (pues esa parte es literalmente tomada, como se puede ver en el apartado anterior, del fragmento de Jesús que usamos aquí).

Ese distanciamiento nos daría un “control” que es, por lo tanto, miedo, que es miedoso, como todo control en realidad; es decir, eso es “de la fachada”, para seguir viviendo en el yo herido.

Es miedoso, como en el fondo todo control lo sería, decíamos... pues resulta que queremos inventarnos las razones, en vez de asumir las razones reales sobre por qué nos sentimos como nos sentimos.

Ese “vivir en el miedo”, por lo tanto, nos va a hacer que más o menos obsesiva y compulsivamente deseemos el control, deseemos controlar todo en nuestra vida, y/o controlar la vida de los demás, etc.

Por ejemplo, en el caso de la matanza, la masacre: las razones reales por las que “estamos mal”, como madre, y luego abuela, que no sanó el trauma vivido de pequeña... no tienen que ver con lo que hagan o dejen de hacer sus hijos ahora (una vez que ella además ya ha fallecido, aunque sigue en el mundo espiritual pegándose a la familia); sino que se deben, esas razones, en gran medida, a que hay un terror bloqueado en su alma, y que provino de unas almas concretas (sobre todo de la madre, cuya alma en general sería la que más intensamente sentimos de pequeños al principio: sus terrores, vergüenzas, etc.).

Lógicamente, los adultos presentes no tuvieron “la culpa” de que hubiera una masacre, pero la niña sí tuvo esas emociones entrando en ella de parte de ellos (e insistamos, al ser muy pequeña, además, el alma que muy agudamente sentiría es primero la de su madre, que estaría aterrorizada).

Así pues, queremos atribuir las causas de todas las cosas primero y ante todo a “lo material” (“un virus”²⁴, por ejemplo)... o primero y ante todo al cuerpo físico (los asesinos del ejemplo de la masacre)... o bien primero y ante todo a “los demás”..., etc.

Queremos inventarnos falsedades (y sentiremos incluso que no somos conscientes de tales falsedades, ni de estar haciendo eso... y lo atribuiremos quizá al “inconsciente”, al “subconsciente”... fomentando así nuestro deseo de ignorancia) para no tener que sentir lo que realmente está pasando, y que parece que podríamos describir en general como:

“yo, con el alma herida desde la infancia, y con muchos pecados sumados ahí, es decir, pecados que han reforzado y refuerzan esa herida presente objetivamente en el alma –como “ánimo” que anima las marionetas-cuerpos–... yo... vivo intentando evitar sentir esas heridas de infancia y ‘uterinas’”].

A partir de aquí, ya no uso directamente el fragmento de Jesús (es decir, ese “parafraseo”).

En resumen, pues: por ejemplo en mi caso: estoy en el proceso (en este lado o cara del *perdón*, es decir, en este proceso que en general involucra a la vez arrepentimiento y perdón)... estoy en el proceso... de “concienciarme” acerca de que mi madre me usa para no sentir el daño (y me usa, nos usamos mutuamente, por tanto... para difuminar y bombear implícitamente ese daño emocional en otra cosa).

24 Sobre esto se puede ver por ejemplo: “La nueva religión de masas: Animismo cientifista e intelectualista en la ‘tribu Tierra’”: <https://www.unplandivino.net/animismo-intelectualista/>

Me usa para no sentir su daño, decíamos, que es el daño que objetivamente está en su alma (con más o menos trauma); pues al ella no querer aceptar de dónde proviene ese daño, ella no se puede amar a sí misma a la manera de Dios.

Es decir, ella no se puede amar, en cuanto no quiere ir sintiendo humildemente ese daño, pues en general, para uno poder amarse “de verdad”, o sea, como alma –como el verdadero ser que somos–, simplemente se requiere “volver a ser como niños” con ese bloqueo emocional.

Así pues, mi “madre” enseñaba a su entorno –y todavía enseña– *sacrificio*, aunque lo haga con toda la fachada de “felicidad” que se quiera.

Y yo, a su imagen, todavía enseño eso mismo, por cierto, claro está.

Y es que la gente normalizamos durante años y años unas vidas de dolor, normalizando así cierta amargura.

Al dolor emocional (miedo, etc.) le ponemos una fachada a veces descomunal, para no sentir el daño relativo por ejemplo al arrepentimiento (en este caso mío hay, como vimos, temas de aborto, temas de “secreto en torno al aborto”, etc.; y este tema, el aborto, es uno muy dañino para el alma, para las almas afectadas).

Lógicamente, insistamos, estas “verdades sobre nuestra madre” (esté o no ya “muerta”) sólo pueden alimentar nuestro error (y señalarlo, de ese modo) si nosotros no desafiamos nuestros miedos, etc. (como dijimos en la advertencia).

Cuando los antepasados se “pegan” a ti, a vos

Es lógico, pues, que los antepasados (madres, etc.) se nos “peguen” energéticamente al morir ellos, si seguimos en el cuerpo físico.

Esto lo vimos por ejemplo ejemplificado en un audio (y texto) que fue muy importante para mí, el de aborto y antepasados²⁵.

En general, para ellos, es en la Tierra donde tienen “su tesoro”; es decir, es en las almas de la Tierra (en “sus hijos”, etc., que recordemos que en realidad no son “sus hijos”, sino creaciones de Dios, almas)... es ahí, donde los antepasados a menudo tienen “su tesoro”, es decir, donde tienen las heridas que les hacen compulsivamente regresar a la Tierra para satisfacer unas u otras adicciones más o menos obsesivamente.

Como vimos, estas adicciones a veces son incluso de base física (alcohol, comida, etc.), a pesar de que los desencarnados ya no tienen cuerpo físico. Pero en general, ya vimos que tanto las adicciones físicas como todo “lo adictivo” depende de *adicciones emocionales*, es decir, de “adicciones a no sentir” emociones intensas que quedan por liberar.

En el caso de la matanza, es el duelo que queda por hacer (llorar como niños, etc.), el duelo que hay bloqueado bajo aquel terror absorbido por aquella niña en el evento –esa niña que luego fue madre–.

Esas heridas, las que atraen a nuestros antepasados, fueron creadas en gran medida por ellos mismos en nosotros, y así, resonamos... resonamos herida con herida (agujero con agujero energético), es decir, adicción emocional con adicción emocional... pues, lo dicho, esas heridas básicamente las crearon o iniciaron ellos –y luego nosotros reforzamos mucho las cosas con nuestro pecado, claro está–.

Así es que los antepasados se pegan a la Tierra mediante esa ley de atracción en las heridas emocionales, pegándose a los “hijos”, “nietos”, etc.

25 Ver lo enlazado en una nota anterior sobre esto mismo.

Allá donde ponemos el corazón (o sea, el alma, lo anímico) está nuestro tesoro; y a este tesoro, ¿lo podríamos caracterizar como aquello que sentimos como más “propio, nuestro”?

Y nuestra alma está por defecto (que no por diseño, *no* por “defecto de fábrica”), está por defecto, decíamos, herida (y hiere a los niños, siempre).

Las madres y los padres son los autores principales de las heridas principales de los hijos; y estas heridas serían “muy importantes” por ser las primeras, las que a todos nos degradan mucho el alma en cuanto encarnamos²⁶.

Entonces, esto que pasa con los hijos se convierte en una especie de asunto de “propiedad”, a nivel profundo, digamos.

Y a menudo, cuando estamos encarnados o desencarnados, nuestra voluntad de querer “estar con los hijos” se vuelve ese “inconsciente” proteger nuestra autoría, en cuanto a que es la autoría de nuestro “tesoro”, pero que en el fondo es un tesoro de heridas. Y esto lo hacemos evitando sentir, evitando la humildad con nuestras heridas, y gracias a la falsedad o al marco cultural de falsedad que, con más o menos “mística”, rodea al tema de “los hijos”, “la madre”, “el padre”... etc.

Es decir, parece que lo hacemos gracias a toda la falsedad que gira en torno a ese “amor” falso; o sea, a ese miedo a sentir, que está encubierto de bondad y de “servicio” en la familia, y que en el fondo suele ser dañino para el alma (es sumisión, servilismo, en algún grado, y conlleva justificar la actuación en armonía con el error –es decir, justificar pecados, más o menos “sutiles”–).

Se idolatran también los hijos (como “míos”, etc.), y lo hacemos para autoengañarnos en cuanto a ver y a sentir que lo único “mío”, en “mis” hijos, es si acaso las heridas, pues ellos son almas creadas por Dios.

Y esa es la otra cara, pues, de la *oportunidad para aprender sobre el amor*: por la ley de atracción estamos “viendo” la falsedad a la que nos apegamos.

En el caso de un antepasado ya “muerto”, es una falsedad o error de comprensión sobre lo “propio” de uno, el tesoro de uno... lo que “se quedó en la Tierra”... pero que son heridas emocionales, y no los “hijos” (pues muy a menudo los seguiremos sin sentir en su esencia primero, tal como Dios simplemente nos siente a todos, al habernos creado).

En vez de ver la situación como Dios la ve y siente (es decir, en vez de abrirse a sentir que esas heridas no son “la verdad del alma”, sino sólo la *voluntad* en tanto que verdad personal, en tanto que condición de alma actual, con sus heridas, con su “error emocional bloqueado”)... en vez de sentir o ver la situación como Dios la siente... en general estamos a menudo en una inercia confusa (aun después de morir), pues no queremos sentir, honesta y humildemente, las motivaciones que tenemos para pegarnos a la gente... o para huir... o para quedarnos... o para actuar o dejar de actuar, etc.

Apéndice sobre la masacre: ley de atracción; humildad, arrepentimiento y perdón; los indígenas de aquí y de allá...

La ley de atracción actúa amorosamente para los desencarnados masacrados, trayéndoles una niña que al convertirse en adulta les indigna, pues es muy amiga de “los blancos”.

Esta niña terminó incluso casándose con un español, y luego su hija también se casó así.

En la familia hay además cierto desprecio general hacia “lo indígena”.

La ley natural siempre actúa amorosamente, y en este caso lo constatamos en que así, al ver esa “traición”, los desencarnados pueden sentir ese enfado, que, como vimos, sirve de guía hacia otras emociones que necesitamos “sanar” (en este caso, las relativas a la masacre, para esos desencarnados).

Y la guía de ese enojo, que se les activa quizá como un “sentirse traicionados” por aquella niña que les desprecia al llegar a adulta, esa guía que es la ira y sus emociones asociadas (frustración ante la traición, indignación, expectativas, etc.), en general nos permite entrar en otras emociones que

26 Y otra cosa, insistamos, es que también son muy fuertes las heridas en el alma que luego nos hacemos cuando actuamos en desarmonía con el amor, o cuando dejamos de actuar en armonía con el amor (pecado).

necesitamos traspasar y “resolver”, y que muchas veces son miedos, miedos a sentir otras cosas (“penas”, “vergüenzas” vividas en la infancia y que quedaron bloqueadas, etc.).

Por lo tanto, son miedos a hacer humildemente duelos; es miedo a llorar, o miedo a “avergonzarnos” en el sentido humilde (miedo a sentir y sólo sentir lo que llamamos “vergüenza”, para que fluya), etc.

Son duelos y emociones que en general no tienen nada que ver con lo que normalmente pensamos que tienen que ver.

Los desencarnados que vivieron la matanza (indígenas) ven, pues, algo que les enfada: unos descendientes biológicos suyos que “les traicionan”.

Y en realidad se trata, como dijimos, de otra “oportunidad para aprender sobre el amor”, pues las leyes naturales les están “diciendo” que han de volver a sentir ese trauma²⁷, y eso es justo lo que no quieren hacer.

Pero si los espíritus fueran humildes con esos miedos, verían que, a la hora de sentir, el alma *puede con todo*, dicho rápidamente.

Hemos visto con esto un ejemplo de lo bien que viene hablar de lo oculto, lo secreto, para acceder a emociones y a ser posible permitirnos sentir las humildemente.

La familia de descendientes de esa niña vive y vivía en el secreto, digamos.

Y por cierto, en Argentina en general hubo muchos años de tabú a la hora de hablar de estos crímenes de los gobiernos²⁸.

Claro está, por lo tanto, que a muchos espíritus no les gustarán los términos en que ahora podrían hablar del tema algunos descendientes de los afectados.

Si los espíritus todavía están muy enfadados y viven en la rabia de “necesitar hacer justicia”, entonces se enfadarán más al ver a sus descendientes hablando de cosas como el perdón y el arrepentimiento, en general²⁹.

Así pues, tenemos esa masacre y la “necesidad” de hablar de ello, pero en ese contexto, todo se vuelve algo que los espíritus no esperaban, algo que no conduce a “hacer justicia” a la manera en que entendemos lo “justo” cuando estamos airados.

Al vivir en la ira, quieren que los demás también hagan lo mismo.

De ahí que por ejemplo los “llores auténticos” (tales como los tienen los bebés, casi solamente por ahora los bebés...), esos llores, se volverán insoportables para muchos desencarnados que todavía estén pegados a la Tierra y con expectativas de que sus descendientes “hagan justicia”.

Es decir, los espíritus van a ver en la Tierra a unas personas que empiezan a siquiera sea hablar de la necesidad de sentir precisamente aquello que ellos no sienten y no quieren sentir, pues ellos viven en su ira.

Se empieza a hablar de hacer duelo profundo por las cosas...

27 Sobre el trauma, como dijimos, ver el texto enlazado en la página asociada a este “Recordatorios, 1”.

28 Y ese tabú se debió hacer más tabú aún, cuando el idolatrado Perón recién entraba de presidente, pues nada más empezar se dio la segunda de las grandes matanzas (1947), que supongo que “se podría haber evitado” con algunas órdenes.

Podéis ver un dato, en un artículo arriba citado en una nota (sobre la del 1947), acerca de que en un principio hubo buenas intenciones: se envió “ayuda humanitaria”, por ejemplo, pero todo resultó muy problemático por cómo llegó, etc.

Supongo que, entonces, desde “las más altas instancias del gobierno”, se dejaría simplemente que algunos jefes de las instituciones (policía, etc.) hicieran lo que quisieran, ante una “situación desesperada”... y luego todo consistió en *mirar para otro lado*, durante muchos años.

29 Es decir, están viendo algo de disposición a perdonar, y en general ven cosas relativas a los propios “arrepentimientos” y “perdones” que necesitan sentir las personas que viven físicamente ahora; pues cada cual también necesita sentir “lo suyo”, su alma, en la vida concreta (lo que ha hecho, dejado de hacer, etc.), tras tantos años de la masacre, aunque ese trauma concreto haya condicionado en gran medida la forma o intensidad de las heridas emocionales de las personas que ahora viven físicamente.

Y claro, en el caso de los asesinados, necesitan hacer el duelo por lo que les sucedió, y en general necesitan hacer duelo, sentir pena –un lloro/sollozo auténtico, etc.–, por todas las heridas emocionales, todas en general, que aún están en sus almas³⁰.

Al simplemente empezar a hablar claro sobre el arrepentimiento y el perdón, se está dando un ejemplo que muchos espíritus enfadados no querrán ver. Muchos quizá tienen la expectativa de que “se haga algo con lo de la masacre”, algo que en realidad sobre todo no sería meramente hablar; pero no quieren que se haga nada que suene a “perdón y arrepentimiento”, pues parece claro que, debido al trauma, hay mucha justificación en solamente “echar culpas fuera”... por todo lo que sienten, además... por todo el dolor (y de echarlas hacia ese evento, es decir, hacia algo tan único, “grande” y concreto).

Claro está que todo esto tiene que ver también con cosas parecidas al célebre “síndrome de Estocolmo”, es decir, con efectos postraumáticos³¹, pues tal como estamos viendo, estas reacciones que no nos explicamos –como el identificarnos con nuestros agresores, etc.–, sirven a veces para que lo vean algunos desencarnados, para que los desencarnados sientan, para que puedan volver a sentir algo (son invitados a hacer eso gracias a esos eventos que a ellos quizá les disgusten, etc.).

Y en esto podremos encajar todo tipo de cosas: traiciones de miembros de la familia, cambios ideológicos... todos ellos eventos que entre otras cosas servirían en parte para lo mismo: “activar” almas ya desencarnadas.

Termino este apéndice con tres comentarios. Los primeros son sobre el tema de la masacre y la “actitud” de las víctimas; el tercero es sobre algo de cierto modo equivalente “aquí”, y en mi caso:

1) La masacre fue perpetrada por argentinos de la Policía Nacional de Territorios y quizá de otras instituciones, y al parecer con ayuda de civiles (ya que siempre hay o había cierto “sadismo”, en todas partes).

Así, muchos indígenas meterían en la misma categoría de personas tanto a colonos recién llegados a Argentina (de varias nacionalidades, como italianos, etc.), como a los más “criollos”, etc.

2) En general, el error emocional en el que quizá muy a menudo estarían los desencarnados víctimas, tras haber vivido algo tan traumático, es el de atribuir todo lo que sienten a una única cosa (a ese evento).

Sin embargo, esa actitud es “más error”, es decir, es prolongar el error más y más, claro está, pues todos tenemos en el alma “error emocional” almacenado desde muy pronto en la vida.

Luego acrecentamos ese error usando nuestra voluntad en desarmonía con el amor, debido a nuestros deseos aprendidos a imagen de los deseos adultos (son los deseos de no sentir esas emociones que, en un primer momento, entraron desde el alma de nuestras madres, etc.).

Luego, al seguir viviendo en nuestro “deseo de no sentir”, y por lo tanto en general en el “deseo de ignorancia” (emocional); o sea, luego, al tener esa “voluntad herida”, actuamos en armonía con el error (pecado), degradando así más el alma (por ejemplo lo hacemos mismamente matando animales, o haciendo que otros los maten o torturen consumiendo por ejemplo carne, etc.).

3) A su manera, mi abuela también era indígena y descendiente de “indígenas” (aunque en España, claro, al mundo agricultor no se denomina así, pero es similar en algunos aspectos).

30 Tal como nos ocurre a todos desde que estamos en el útero, pues, claro está, en el caso de estos espíritus enfadados, no son solamente heridas relativas al trauma de haber sido asesinados así.

31 Ver, en la wikipedia por ejemplo, acerca de lo que han llamado “estrés postraumático”:
https://es.wikipedia.org/wiki/Trastorno_por_estrés_postraumático

Era digamos que “renegada” del pueblo, y de hecho tenía conflicto de desarraigo; estaba un poco traumatizada con eso.

Aquí, en general, en el viejo mundo, diríamos que lo “indígena” es algo que ya estaba *pasado* por las turbias aguas de la normalización “agricultora-esclava”, por así llamarla.

La llamo “esclava” debido a las creencias que tenemos en torno a la agricultura, es decir, en torno a la naturaleza, a la “economía” en general, a lo que son “bienes” o no son “bienes”, a lo que son “cosas” frente a lo que son “bienes”, etc. (es decir, todas esas disyuntivas “horribles” del *Derecho* –en principio del “*Derecho Romano*”, creo que se diría–).

Y en estos territorios ibéricos mismamente los romanos también masacraron de lo lindo, al parecer (por eso lo comento, claro está).

Y por cierto, quizá es por eso que este territorio se llamaría “el viejo mundo”; aunque esto – España, la península– fuera un territorio creo que bastante periférico, en casi toda la historia del imperio romano.

Así pues, aquí tuvimos a estos imperios haciendo de las suyas; o sea, con ese “modo de actuar”, como colectivo humano más o menos desquiciado, pero con fachada de “civilizados”.

Pues ya vimos lo que mismamente contaba Jesús, acerca de lo que hacían para entrenar a niños en el ejército romano, y que era normal. Cosa esta que hoy, por cierto, y aunque se haga más a escondidas, parece que se sigue haciendo, y mucho, en cuanto a “programar soldados” –con los “servicios secretos” haciendo cosas raras, etc.–. Solo que hoy en día, con la inteligencia artificial y otras cosas, quizá se está ya dando así como un giro, un giro al guión... veremos a ver...

Entonces, aquí en el “viejo mundo”, hace más tiempo que arrasaron con las culturas que están más “en contacto con la naturaleza”, como se suele decir (y claro está que toda cultura tiene sus más y sus menos, pues “el pecado es el pecado”).

Así pues, parece que en el viejo mundo nos quedan más lejanas las masacres de ese tipo, pero tenemos las nuestras, relativas por ejemplo a la fratricida y brutal guerra civil, acaecida hace no mucho en España.

Así es que muchos desencarnados estarán en el mismo tipo de “necesidad del alma”: volver a sentir los miedos.

Mi abuela tenía también, como dije, esta reacción relativa al desarraigo y al rechazo de aquello que en cierto modo le obligaron a abandonar y a rechazar “para ser buenita” (y casarse en Madrid, en la ciudad, lejos del pueblo).

Era un rechazo de algo que en el fondo amaría, aunque sólo fuera porque era “lo que había mamado”. Y así es como surgen, por cierto, todo tipo de “complejos de superioridad”, etc.

Mi abuela materna, y otros antepasados, al vivir en la atmósfera de la guerra civil (ella nació unos 10 años antes de que se desatara la guerra), tienen también sus traumas.

Por ejemplo, en la guerra, al padre de mi abuelo materno “le dieron el paseíllo” (llevado a matar y tirar por ahí³² su cuerpo físico), básicamente por envidias, al parecer, atribuyéndole “ser de derechas/nacional”³³.

Pero en general el clima de guerra, tanto en pueblos como en ciudades, era el de “dar rienda suelta a la brutalidad por la brutalidad”, en gran medida.

32 Sin que por cierto se hayan encontrado, o no sé si buscado siquiera, los huesos de Victoriano –que así se llamaba este bisabuelo materno mío (aunque recordemos que tampoco tenemos “abuelos” ni “bisabuelos”, ya que sólo Dios es padre, madre, abuelo, etc., de todos, al ser nosotros almas, en realidad :))–.

No se encontraron y/o buscaron mucho los huesos, aunque en buena lógica deberían haberse encontrado, pues se supone que él era del bando “ganador” –pero creo que no muy ferviente partidario de ningún bando en ese contexto de “violencia tan absurda”, por meras envidias, que fue muy corriente en el transcurso de la guerra, al parecer–

33 Aunque en el caso de mi abuela, ella no se enteraría de este crimen muy conscientemente, pues mi bisabuelo, el que luego iba a ser su suegro si hubiera vivido, muere asesinado cuando ella tiene en torno a 11 años.

Referencias

- Referencia sobre la *conciencia*:

En una nota al pie, arriba, enlacé la página donde recopilé cosas básicas sobre la conciencia: “*La conciencia como órgano de la verdad en el alma*”:

<https://www.unplandivino.net/conciencia>

- Enlace al tema de “los gritos a una madre” y el arrepentimiento:

<https://www.unplandivino.net/ira-hijos-arrepentimiento/>